

# Soria: entre la sostenibilidad y el desafuero

Francisco de Gracia

Es doctor arquitecto y profesor titular de la Universidad Politécnica de Madrid. Autor del libro *Construir en lo construido: la arquitectura como modificación*, ha enseñado Análisis de Formas Arquitectónicas (Valladolid) y Estética y Composición (Madrid). Ha sido profesor invitado en la Universidad de Chile, donde ha impartido cursos de doctorado sobre teoría urbana. Director durante varios años del *Plan de Formación continuada* en la Fundación COAM (Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid), es miembro del grupo de investigación sobre Paisaje cultural de la U.P.M. Actualmente imparte las asignaturas de Composición Arquitectónica y Arquitectura y Formas del Paisaje en la E.T.S. de Arquitectura de Madrid.

The undervaluing of their identity is one of the most recurrent collective feelings in Soria. It could be expressed like this: we are few, therefore we are not important. This aphorism is part of a framework of values in which depopulation still has very bad press, both in the metaphoric and real sense of the expression. The media always present the increase of the population as a positive fact. Let us imagine, however, that the identity marks of the province were defined from its relative structural depopulation. In fact, Soria never had a comparatively big amount of inhabitants and, nevertheless, the territory has always been structured through small rural settlements which were relatively close to each other. Considering the current society of mobility and telematics, we present a strange inability to offer an alternative that turns low population density into a virtue, in that great global project that some have called "telepolis".

In the last few years, the local press and other media have published lots of headlines related with sustainable development. Two paradoxical subjects have been particularly treated: the Environmental City and the Soria 21 Forum, which have been introduced as two facets of a so-called vocation for a responsible and exemplary development. However, these environmentalist proposals hide other aspects. They do not match the territorial and urban carelessness that can be currently seen in the surroundings of the provincial capital. For example, there are violent industrial complexes next to the road, wounds in the territory caused by

Uno de los sentimientos colectivos más recurrentes en Soria es el de la minusvalía identitaria, algo que cabe resumir así: somos pocos, luego significamos poco. Aforismo que se enuncia dentro de un marco de valores donde el factor despoblación sigue teniendo muy mala prensa, en sentido metafórico y real, dado que los medios de comunicación siempre recogen el aumento de población como un hecho benéfico.

Imaginemos, sin embargo, que las verdaderas señas de identidad de la provincia estuvieran definidas a partir de su relativa despoblación estructural. En Soria, de hecho, nunca hubo muchos pobladores en términos comparativos, y sin embargo su territorio estuvo vertebrado mediante pequeños asentamientos rurales relativamente próximos. En la actual sociedad de la movilidad y de la telemática llama la atención nuestra incapacidad para proponer una alternativa que haga virtud de la baja densidad de población, dentro de ese gran proyecto global que algunos han denominado telépolis.

En la prensa local, como en otros medios, han aparecido estos últimos años numerosos titulares relacionados con el desarrollo sostenible. Se han tratado especialmente dos asuntos paradójicos: la Ciudad del Medio Ambiente y el Foro Soria 21, presentados como dos facetas de una supuesta vocación a favor de un desarrollo responsable y modélico. Sin embargo, esas formulaciones medioambientalistas son encubridoras. No cuadran con el descuido territorial y urbano que se percibe actualmente en los alrededores de la capital, sin ir más lejos, donde encontramos violentas implantaciones industriales a pie de carretera, heridas en el territorio producidas por canteras visualmente llamativas, vertederos convertidos en hitos paisajísticos, así como construcciones que no superan la categoría de chamizo. Presencias tercermundistas, sin duda, de las que no hacemos inventario, pero que incitan a plantear una pregunta: ¿puede ser creíble una apuesta a favor del medio ambiente impulsada por las mismas instituciones que no pueden evitar una incuria urbanística y paisajística tan manifiesta? La contestación no puede ser más que negativa.

**Vaya por delante que con Soria, mi ciudad natal, y especialmente con el territorio provincial, mantengo una sostenida relación afectiva. Digo esto con intención de vacunarme contra ciertas reacciones de carácter localista capaces de descalificar cualquier reflexión externa por el mero hecho de serlo. Mucho más si tal aportación procede de alguien vinculado profesionalmente con alguna institución madrileña, como es mi caso. Es bien sabido que los grupos de opinión autóctonos son, política y culturalmente, cada vez más endogámicos en cualquier sitio de la actual España invertebrada o deconstruida.**

Pues bien, tomando como referencia el caso de Soria, desde hace tiempo vengo sintiendo la tentación de exponer algunas consideraciones sobre urbanización y medio físico, orientadas a quienes puedan interesarse por una opinión libre de compromisos políticos o mercantiles, algo emotiva, pero suficientemente distanciada. Eso sí, formulada con ánimo de que los contenidos se interpreten en proyección supralocal, con validez para otros territorios donde se reconocen fenómenos parecidos.

El mencionado espíritu localista, ensimismado, se manifiesta ya a propósito de un aspecto sustantivo de la realidad presentado con cierto tono apocalíptico: se trata de lo relativo a

En el imaginario social sigue siendo prurito desarrollista pensar que el crecimiento poblacional es en sí mismo un factor positivo, cuando está suficientemente comprobado que algunos de los países más desarrollados lo son especialmente por su reducida población relativa. Tal sería el caso de Australia, Canadá o Finlandia, cuya calidad de vida incluye como parámetro destacado el disfrute existencial de amplios territorios escasamente colonizados. Si nos referimos a Soria como ámbito provincial, sabemos, por ejemplo, que entre 1981 y 1987 la población descendió un 3%, mientras que en ese mismo período la renta per cápita aumentó un 236% (bastante más que la media española). Se deduce así que la despoblación no debe asociarse de modo determinante con datos económicos negativos; no para quienes se quedan, cabe apostillar, que son los más quejumbrosos. Dicho esto sin olvidar que el fenómeno poblacional ha de ser observado también a escala planetaria, y en este supuesto conviene no engañarse sobre un asunto capital: la verdadera apuesta global a favor de un auténtico desarrollo sostenible sólo podrá jugarse si la especie humana deja de crecer. Casi todo lo demás sobre tal concepto constituye un simulacro asentado en lo oficialmente correcto y transmitido por los grandes creadores de opinión con efectos encubridores.

visually striking quarries, dumps turned into landscape milestones, as well as buildings that do not even reach the category of shacks. These are third-world construction, and we do not wish to make an inventory of them, but they compel us to pose a question: can a commitment for environment be believable if it is made by the same institutions that are incapable of preventing such an obvious urban and landscape negligence? The answer can only be "no".

población y desarrollo. Así, por ejemplo, cuando se señala que los índices de natalidad sorianos son los más bajos de España y que más de la mitad de los nacidos en la provincia viven y trabajan fuera, esto puede interpretarse, en efecto, como una supuesta maldición bíblica compartida con otras provincias: apenas nos reproducimos y además padecemos el exilio. En paralelo se alimenta la idea de que todo es negativo en una sociedad envejecida, olvidando que las actuales sociedades jóvenes, más si son metropolitanas, adolecen de graves problemas orgánicos como son: escasa cultura cívica, crisis de valores antropológicos y anomia social.

En el imaginario social sigue siendo prurito desarrollista pensar que el crecimiento poblacional es en sí mismo un factor positivo, cuando está suficientemente comprobado que algunos de los países más desarrollados lo son especialmente por su reducida población relativa. Tal sería el caso de Australia, Canadá o Finlandia, cuya calidad de vida incluye como parámetro destacado el disfrute existencial de amplios territorios escasamente colonizados. Si nos referimos a Soria como ámbito provincial, sabemos, por ejemplo, que entre 1981 y 1987 la población descendió un 3%, mientras que en ese mismo período la renta per cápita aumentó un 236% (bastante más que la media española). Se deduce así que la despoblación no debe asociarse de modo determinante con datos económicos negativos; no para quienes se quedan, cabe apostillar, que son los más quejumbrosos. Dicho esto sin olvidar que el fenómeno poblacional ha de ser observado también a escala planetaria, y en este supuesto conviene no engañarse sobre un asunto capital: la verdadera apuesta global a favor de un auténtico desarrollo sostenible sólo podrá jugarse si la especie humana deja de crecer. Casi todo lo demás sobre tal concepto constituye un simulacro asentado en lo oficialmente correcto y transmitido por los grandes creadores de opinión con efectos encubridores.

Cuando en noviembre del año 2000, invitado por la Fundación Caja Rural, expuse a la sociedad soriana algunas de estas consideraciones, quise transmitir un optimismo renovador basado en nuevos parámetros de bienestar y en las indiscutibles posibilidades de calidad de vida que hoy se pueden dar en las regiones poco pobladas. Han pasado ya unos años y nada parece responder a un cambio de rumbo en las estrategias locales sobre desarrollismo. Las últimas grandes decisiones sobre urbanismo y medio ambiente así lo indican. Por un lado se aprueba para la capital un Plan General de Ordenación Urbana que dispone suelo nada menos que para 11.767 viviendas, lo que equivale a prever alojamiento como para duplicar la población (¿pero no habíamos quedado en que Soria carece de crecimiento vegetativo?), además de 270 hectáreas para suelo industrial, cuando nuestro país avanza aceleradamente hacia la era postindustrial, debido en gran medida a la globalización económica de formato neoliberal. Dos errores conceptuales de bulto que, sin embargo, se presentan con el ropaje de los grandes aciertos en la propaganda institucional. Por otro lado se promueve la llamada Ciudad del Medio Ambiente, cruel perversión semántica contra la sensibilidad ecologista, teniendo en cuenta que su implantación supone la destrucción medioambiental y paisajística de un paraje de enorme calidad natural (eso sí, diseñada por arquitectos de reconocido prestigio,

Figura 1: El paisaje soriano debiera considerarse patrimonio cultural aunque sólo fuera por su significación poética a través de la obra de Antonio Machado.



**Imaginemos por un momento que las verdaderas señas de identidad de ciertos territorios estuvieran definidas a partir de su relativa despoblación estructural. En Soria, de hecho, nunca hubo muchos pobladores en términos comparativos y sin embargo su territorio estuvo vertebrado mediante pequeños asentamiento rurales relativamente próximos, modelo común en la submeseta norte. En la actual sociedad de la movilidad y de la telemática llama la atención nuestra incapacidad para formular una alternativa que haga virtud de la baja densidad de población, dentro de ese gran proyecto global que algunos han denominado telépolis.**

como suele decirse). Nada especialmente llamativo en nuestra adormecida sociedad, donde no es difícil observar que desde distintos supuestos ideológicos se produce una manifiesta convergencia para mantener una modalidad de desarrollo que implica necesariamente crecimiento o, lo que es peor, se identifican ambos conceptos. Puestos a crecer, en primer lugar está la población, cabe sostener; y de paso seguimos cumpliendo con el mandato bíblico. Aunque si razonamos bien, ni siquiera por motivos religiosos parece defendible que los humanos sigamos multiplicándonos sobre la faz de la tierra. Todas las observaciones prospectivas indican que nuestro desarrollo debe someterse a topes o límites cuantitativos si queremos ser moralmente solidarios con las futuras generaciones.

Esto último pudiera no tener mucha aplicación para Soria si no fuera por dos causas: la primera es que se pretende crecer a toda costa y de manera desproporcionada, como se pone en evidencia con el citado Plan General; la segunda estriba en que los impactos medioambientales y paisajísticos en toda la provincia (como en algunas otras) son desmedidos en relación a la población actual. El ejemplo más claro de esto lo tenemos en la abusiva implantación de parques eólicos: ¿no sería más coherente que los aerogeneradores los sufrieran aquellos territorios que demandan energía a raudales?

Imaginemos por un momento que las verdaderas señas de identidad de ciertos territorios estuvieran definidas a partir de su relativa despoblación estructural. En Soria, de hecho, nunca hubo muchos pobladores en términos comparativos, y sin embargo su territorio estuvo vertebrado mediante pequeños asentamiento rurales relativamente próximos, modelo común en la submeseta norte. En la actual sociedad de la movilidad y de la telemática llama la atención nuestra incapacidad para formular una alternativa que haga virtud de la baja densidad de población, dentro de ese gran proyecto global que algunos han denominado telépolis.

Figura 2: La calidad física y la prestancia botánica del Soto de Garray, bordeado por el río Duero, se manifiesta en esta imagen.



Conviene recordar aquí que Soria capital alcanzó los 10.000 habitantes hacia 1930, no padeciendo presión edificatoria hasta muy avanzado el siglo pasado; de modo que se podía haber adoptado un patrón urbanístico bien elaborado, según una concepción ilustrada y sin hipotecas con los agentes inmobiliarios, que en los años sesenta y setenta eran todavía moderados. Dicho de otro modo, Soria, como otras pequeñas ciudades españolas, se podía haber diseñado desde parámetros urbanísticos y paisajísticos modélicos que hubieran permitido el negocio inmobiliario sin caer en la zafiedad.

Con el Plan General de 1962, técnicamente muy deficiente, se perdió la gran oportunidad histórica para orquestar una operación combinada entre técnica urbanística y arte cívico, en el más noble sentido dado a esta expresión por Werner Hegemann allá por 1920. Tanto dicho plan, artificiosamente prolongado, como el que le sucedió a partir de 1994, dubitativo y sin una idea de ciudad reguladora de la vorágine edificatoria, fueron planes mezquinos y sin capacidad prospectiva, salvo en lo concerniente a la pura habilitación de suelo urbano o urbanizable. Lo que ha venido después merece calificativos poco complacientes, pero lo sustantivo, en el momento actual, sería reconocer que nuestra ciudad, como tantas otras, no tiene remedio posible sólo mediante procedimientos convencionales de planeamiento. A su estilo, ya lo anticipó el profesor Chueca Goitia en un artículo publicado en 1970 (nº 39 de la revista *Celtiberia*).

Ahora bien, el síndrome localista hispano se manifiesta también, de modo paradójico, a través de la autocomplacencia acrítica. El desarrollo autonómico, con sus derivas nacionalistas como expresión patológica, ha estimulado el ensimismamiento de ciertos grupos sociales más o menos tribales. Procuran acantonarse en los niveles inferiores del sistema político-administrativo (comunidad autónoma, provincia y municipio), sea tras los cargos o tras las ejecutivas de los partidos. Desean monopolizar el poder y la opinión difundida, de modo que en

Figura 3: Este vertedero es paisajísticamente incomprensible. Situado a pie de carretera nacional, a medio camino entre Soria y el Soto de Garray, destaca como impacto negativo con amplia irradiación visual.



primer lugar se propaga la idea de que todo lo negativo procede del exterior y toda culpa institucional debe imputarse a cualquier otro sujeto administrativo menos al propio. En este sentido, Madrid, como metáfora del malhadado poder central, viene ejerciendo sacrificadamente de ominoso cordero pascual. Con ese caldo de cultivo podemos entender esa rara simbiosis de autosatisfacción y sentimiento de olvido institucional que impregna el tejido social de las provincias poco pobladas.

En tales circunstancias, y siguiendo con el ejemplo soriano, nunca se reconocerá la gravedad de la malformación urbana ni, en consecuencia, se aportará el remedio adecuado. Pasada ya la línea roja, quedaría la posibilidad de aprovechar una vigorosa operación urbana de carácter excepcional cargada de potencial regenerador externo, como ha sucedido en algunas ciudades gracias a determinados eventos. Se podría cerrar así un largo período de urbanismo coyuntural y azaroso ocupado de la simple gestión economicista del suelo. Pues bien, esta posible gran ocasión se está perdiendo actualmente, ya que tal función correctora podría haberle correspondido a la Ciudad del Medio Ambiente.

Por lo demás, la Ciudad del Medio Ambiente (denominación que no agrada ni a los redactores del proyecto) sólo podría hacer honor a su nombre si se materializara como instrumento de regeneración física, todo lo contrario al saqueo de un territorio natural de calidad, con los consiguientes efectos de irradiación hacia áreas próximas. Su virtualidad ética, en los tiempos que corren, sólo puede darse en territorios urbanos o periurbanos afectados por la degradación o bien de escaso valor ecoambiental. En Europa se han producido suficientes acciones regeneradoras en las que cabría inspirarse, donde se asumen compromisos moralizantes predicando y dando trigo. La razón medioambiental no puede ser creíble en el caso que nos ocupa por mucho lenguaje encubridor que se maneje.

Con las instituciones comprometidas y con los recursos potencialmente disponibles, más los inducidos a través de la iniciativa privada y las grandes corporaciones (se ha hablado de Telefónica e Iberdrola), podría gestionarse una intervención urbana de consecuencias benéficas para la calidad de vida de los sorianos. Tendría suficiente capacidad como para redefinir el modelo de ciudad desde sus bordes actuales, pero su puesta en marcha requeriría una inspirada y sobrevenida voluntad política, así como mucho esfuerzo, ahora eludido, dado que gestionar esta operación en los alrededores de la ciudad construida es más complejo que implantarla sin cortapisas en un paraje como el Soto de Garray, junto a la ribera del Duero. Así es que las administraciones involucradas cometen dos graves equivocaciones, una medioambiental y otra urbanística.

Por lo demás, la Ciudad del Medio Ambiente (denominación que no agrada ni a los redactores del proyecto) sólo podría hacer honor a su nombre si se materializara como instrumento de regeneración física, todo lo contrario al saqueo de un territorio natural de calidad, con los consiguientes efectos de irradiación hacia áreas próximas. Su virtualidad ética, en los tiempos que

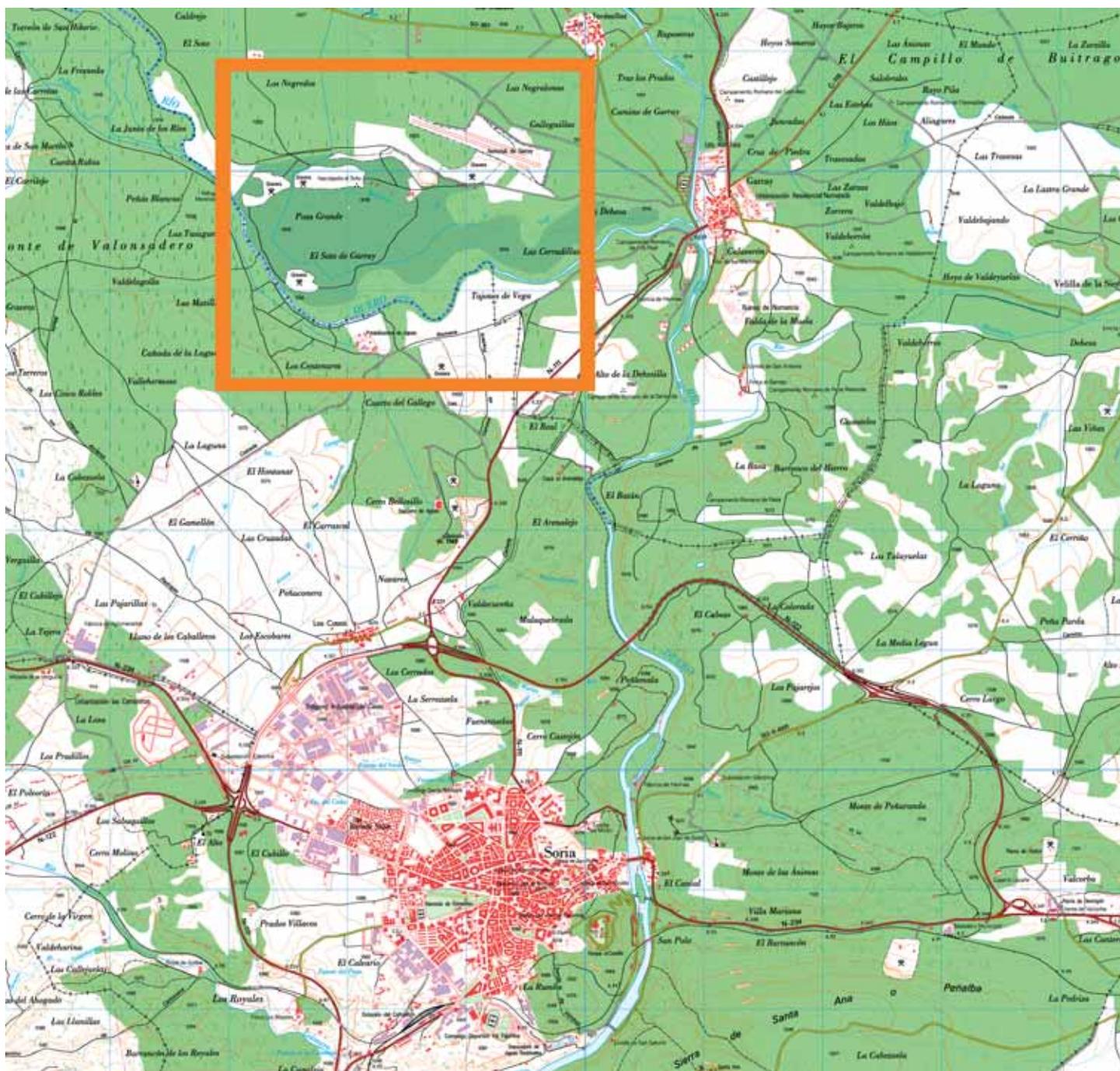


Figura 4: La llamada Ciudad del Medio Ambiente está situada a unos seis kilómetros al norte de la capital, próxima al yacimiento arqueológico de Numancia.

corren, sólo puede darse en territorios urbanos o periurbanos afectados por la degradación o bien de escaso valor ecoambiental. En Europa se han producido suficientes acciones regeneradoras en las que cabría inspirarse, donde se asumen compromisos moralizantes predicando y dando trigo. La razón medioambiental no puede ser creíble en el caso que nos ocupa por mucho lenguaje encubridor que se maneje.

Por encima de consideraciones urbanísticas, de lo dicho hasta aquí se desprende que en territorios poco poblados ha de plantearse muy seriamente la conservación del medio físico como el bien-reserva por antonomasia, incluyendo los valores paisajísticos como señas de identidad y como específico recurso estratégico. Ya es un hecho que las directrices medioambientales europeas incorporan el reconocimiento del campo abierto, no urbanizado e improductivo, como un bien escaso cuya potencialidad deriva, precisamente, de no contar con población establecida.

Figura 5: Cartel anunciador de la operación inmobiliaria denominada Ciudad del Medio Ambiente. Un homenaje a la perversión del lenguaje.



Sabemos también que en la actual sociedad de la supermovilidad no es acertado manejar analíticamente determinadas variables poblacionales. El censo de residentes en un municipio no sirve ya para evaluar con precisión determinados fenómenos socioeconómicos. Tampoco los parámetros demográficos convencionales nos informan fielmente sobre aspectos sustanciales relativos a la calidad de vida o al bienestar urbano. La baja natalidad puede quedar corregida por la inmigración, en buena medida no censada, mientras que el número de matrimonios no significa gran cosa en la época de las parejas de hecho.

Dejando aparte esas observaciones, hoy se impone además reivindicar desde la cultura, sin pudor alguno, los valores estéticos del territorio: el disfrute del paisaje como factor de calidad de vida. Algo que, según se dice, tendría su origen hace casi siete siglos, cuando Petrarca asciende a una colina sin otra motivación que contemplar placenteramente el panorama. No olvidemos en este sentido que la principal acepción de paisaje alude al territorio estéticamente considerado.

En las sociedades cultas nadie duda de que los oteros, barrancos, sotos, dehesas, riberas, manaderos, son elementos capitales del espacio existencial y que además constituyen un patrimonio tan importante o más que el formado por los bienes artísticos. De suyo, patrimonio artístico y patrimonio paisajístico no pueden considerarse hoy realidades desvinculables, sino interdependientes, debiendo estar contempladas en todo plan de ordenación territorial, como lo señala la vigente Ley del Patrimonio Histórico Español (1985).

La falta de una asentada conciencia social en favor de la conservación ambiental es, sin embargo, muy evidente en nuestro país. Se ha puesto crudamente de manifiesto en varios acontecimientos recientes: así, en Rascafría (Madrid) fueron agredidos quienes se manifestaban en contra del urbanismo salvaje, y en Carboneras (Almería) se han organizado concentraciones vecinales a favor de esas infames prácticas urbanísticas so pretexto de defender la economía turística local. En estos como en otros casos, con cierta independencia del marchamo político, los ayuntamientos son los avalistas de un modelo de crecimiento que aplican de modo grosero gracias al exceso de competencias urbanísticas que detentan, amparándose en el populismo.

Pues bien, una política de conservación patrimonial debe basarse en principios culturales y morales, aunque puedan parecer contrapuestos a los productivos y económicos. Aquí subyace un equívoco, ya que si consideráramos ciclos sociológicos prolongados, no comprometidos con los vaivenes coyunturales del corto plazo político, toda inversión cultural acaba siendo rentable. Mucho más si consideramos los aspectos intangibles relativos al confort psicológico y emocional, ya que no debíamos renunciar a que las sociedades desarrolladas incluyan en su propio concepto de calidad de vida los valores del espíritu. En tal sentido, la fruición estética del entorno, el reconocimiento sensorial del paisaje, pasaría a ser un indicador cultural, además de un parámetro de calidad de vida: mucho más que puro refinamiento estético para supuestos diletantes al margen de la vida social. En cierto modo lo que está en juego es el disfrute compartido de la belleza en su manifestación más pública, gratuita y global.

Si establecemos una comparación con otros países europeos, resulta manifiesto que en España el nivel de calidad del medio físico (sea ciudad o campiña) está por debajo de su nivel de desarrollo económico. Si esta comparación la aplicamos al paisaje, muy frágil por razones climáticas, entonces el déficit es todavía mayor. De hecho, todas las evaluaciones europeas sobre medio ambiente y paisaje nos sitúan en el furgón de cola: incumplimiento del Protocolo de Kioto, metástasis urbanística, impactos ecoambientales negativos y desnaturalización (lo que nos lleva a ocupar el puesto 76 según el índice mundial de sostenibilidad por países).

Pues bien, una política de conservación patrimonial debe basarse en principios culturales y morales, aunque puedan parecer contrapuestos a los productivos y económicos. Aquí subyace un equívoco, ya que si consideráramos ciclos sociológicos prolongados, no comprometidos con los vaivenes coyunturales del corto plazo político, toda inversión cultural acaba siendo rentable. Mucho más si consideramos los aspectos intangibles relativos al confort psicológico y emocional, ya que no debíamos renunciar a que las sociedades desarrolladas incluyan en su propio concepto de calidad de vida los valores del espíritu. En tal sentido, la fruición estética del entorno, el reconocimiento sensorial del paisaje, pasaría a ser un indicador cultural, además de un parámetro de calidad de vida: mucho más que puro refinamiento estético para supuestos diletantes al margen de la vida social. En cierto modo lo que está en juego es el disfrute compartido de la belleza en su manifestación más pública, gratuita y global.

Los deseables logros en esa dirección no pueden conseguirse sólo con el destacado esfuerzo de grupos ecologistas y amantes de la naturaleza. Debiera abordarse mediante un proceso de amplio espectro, situado al nivel de un posible Plan Estratégico Nacional, basado en el convencimiento político y no en el simulacro.

Lo que viene ocurriendo en Soria no es, sin embargo, muy estimulante. Por lo que ha llegado a mis manos relativo al Foro Soria 21 y a la (mal) llamada Ciudad del Medio Ambiente, nos encontraríamos ante ejemplos de un conjunto de fenómenos donde se maneja la expresión desarrollo sostenible con ánimo encubridor. Conviene recordar al respecto una lúcida observación de Virginio Bettini en su recomendable libro *Elementos de ecología urbana* (1996): “la sostenibilidad es un mero artificio retórico útil para la práctica política, utilizable por la industria en sus propios mensajes publicitarios, y una palabra clave para obtener encargos, estudios y contratos”. Una declaración contundente que sirve para desenmascarar el sentido eufemístico, cuando no espurio, que ha ido adquiriendo tal expresión a medida que los sectores económicos la han alejado de su sentido original: desarrollo sin crecimiento. Lo ratifica José Manuel Naredo cuando afirma lo siguiente: “la expresión desarrollo sostenible está sirviendo para mantener en los países industrializados la fe en el crecimiento, haciendo las veces de burladero para escapar de la problemática ecológica y de las connotaciones éticas que tal crecimiento conlleva”. Certeras observaciones sobre una corrupción semántica intencionada, que nace cuando los sectores productivos más poderosos no están dispuestos a facilitar un ‘nuevo proyecto global ecotecnológico’ (uso los términos de Ezio Manzini) con la presencia aceptada de límites: productivos, energéticos, de ocupación del territorio, poblacionales. Lo que supondría, necesariamente, la redefinición del propio concepto de desarrollo, desvinculándolo definitivamente de la noción de crecimiento.

Desde esos supuestos, no cabría calificar de sostenible, como lo hizo la corporación Acciona en sus campañas publicitarias, la implantación indiscriminada de parques eólicos en el territorio. Tal práctica está llegando a ser paisajísticamente catastrófica en muchas comarcas españolas poco urbanizadas y apenas necesitadas de energía. Que la producción energética sea renovable no implica desarrollo sostenible para los territorios invadidos. Será sostenible, si se quiere, la pura producción energética en función de las inversiones, pero no el desarrollo específico y cualitativo de esas comarcas donde, una vez depreciado el medio físico y desnaturalizado el paisaje, ya no dispondrán del más importante potencial de calidad de vida, exclusivo de los territorios poco poblados y poco manipulados por el hombre.

Hace algunos meses un titular de prensa rezaba así: “España pedirá para Soria el Centro Mundial del Desarrollo Sostenible”. Leyendo la reseña periodística iba quedando claro que lo verdaderamente pretendido no era hacer del territorio soriano un modelo referencial, de inspiración machadiana, que motivara la presencia de dicha institución. Lo verdaderamente importante de la noticia era que con tal adjudicación se justificaba la construcción de modernas autovías, validándose de paso el simulacro de la Ciudad del Medio Ambiente, y se podría aspirar incluso al tren de alta velocidad. La razón de fondo es que se desea crecer a toda costa, empleando si es necesaria la coartada de la sostenibilidad para lograrlo. Lo primero que ha de crecer, se piensa, es la población, estimulada por las nuevas infraestructuras; luego todo lo demás.

En otras columnas de prensa van apareciendo expresiones encubridoras y muchos tópicos: industria medioambiental, Silicon Valley a la española, abandono institucional, despoblación y otros varios, aderezados en ensalada mixta. Después de leer algunas de esas noticias o reportajes, interpretando lo que pueda ocultarse entre líneas, uno acaba por concluir: cuando se adjudique a Soria la sede del Centro Mundial del Desarrollo Sostenible, se construya la Ciudad del Medio Ambiente, se transformen los paisajes de la provincia con bosques de aerogeneradores y se cubran amplias extensiones de suelo con paneles fotovoltaicos se alcanzará la cuadratura del círculo. Mientras, celebraremos con homenajes-simulacro el centenario de la llegada de Antonio Machado a esta “tierra triste y noble, la de los altos llanos yermos y roquedas”.

●